

Moneda de plata

Érase una vez una moneda. Acababa de salir de la ceca: limpita, brillantita; rodó y tintineó:

—¡Hurra! ¡Ahora iré a pasear por el blanco mundo!

Y se fue.

Un niño la apretaba fuerte en su puñito calentito, un avaro la estrujaba con dedos fríos y pegajosos, las personas mayores la daban vueltas y más vueltas muchas veces, mientras que entre los jóvenes no se detenía y rodaba vivazmente hacia adelante.

La moneda era de plata; tenía muy poco cobre, y así pasó un año entero paseando por el blanco mundo, es decir, por aquel país donde había sido acuñada. Luego partió al extranjero y resultó ser la última moneda propia en la bolsa del viajero. Pero él ni sospechaba su existencia hasta que ella misma cayó en sus dedos.

—¡Vaya! ¡Todavía me queda una moneda nuestra, de mi tierra! —dijo.

—Bueno, ¡que viaje conmigo!

Y la moneda dio un brinco de alegría y tintineó cuando la volvieron a meter en la bolsa. Allí le tocó yacer junto a sus parientes extranjeros, que cambiaban constantemente: una cedía el lugar a otra, mientras ella seguía permaneciendo en la bolsa. ¡Esto ya era una especie de distinción!

Pasaron muchas semanas. La moneda llegó muy, muy lejos de su patria; ella misma no sabía adónde. Solo oía decir a sus vecinas que eran francesas o italianas, que ahora estaban en tal o cual ciudad, pero ella no tenía la menor idea de nada: ¡poco puede verse sentada dentro de una bolsa, como ella! Pero he aquí que un día la moneda notó que la bolsa no estaba cerrada. Le entró ganas de echar al menos un vistazo al mundo, y se deslizó por una rendija. No debería haberlo hecho, pero era curiosa, y eso no le salió gratis. Fue a parar al bolsillo de unos pantalones. Por la noche sacaron la bolsa del bolsillo, pero la moneda quedó tendida tal como estaba. Sacaron los pantalones al pasillo para limpiarlos, y entonces la moneda se cayó del bolsillo al suelo. Nadie lo oyó, nadie lo vio.

Por la mañana volvieron a llevar la ropa a la habitación; el viajero se vistió y se marchó, mientras la moneda se quedó. Pronto la encontraron en el suelo, y nuevamente tuvo que ponerse en circulación junto con otras tres monedas.

«¡Qué bien! ¡Otra vez iré a pasear por el mundo, veré gente nueva, costumbres nuevas!», pensó la moneda.

—¿Y esta qué moneda es? —se oyó en ese mismo instante—. Esta no es moneda nuestra. ¡Falsa! ¡No sirve!

Con esto comenzó la historia que ella misma contó después.

—«¡Falsa! ¡No sirve!» ¡Temblé toda de pies a cabeza! —contaba ella—.

Yo sabía que era de plata, de sonido puro y de acuñación legítima. «Seguro que se equivocan», pensé; «la gente no puede hablar así de mí». Sin embargo, hablaban precisamente de mí. ¡A mí me llamaban falsa, a mí decían que no servía para nada! «Bueno, la endosaré en la penumbra», dijo mi dueño, y así lo hizo. Pero a plena luz del día volvieron a insultarme: «¡Falsa!», «¡No sirve!», «¡Hay que deshacerse de ella cuanto antes!»

Y la moneda temblaba de miedo y vergüenza cada vez que la colaban a alguien en lugar de una moneda de aquel país.

—¡Ay, desdichada de mí! ¿De qué me sirven mi plata, mi dignidad, mi acuñación, si todo eso no significa nada? ¡A ojos de la gente sigues siendo aquello por lo que te toman! ¡Qué horrible debe ser realmente tener la conciencia sucia, abrirse camino en la vida por senderos impuros, si a mí, inocente de todo, me resulta tan pesado solo porque parezco culpable!... Cada vez que paso a nuevas manos, tiemblo ante la mirada que caerá sobre mí: sé que inmediatamente me arrojarán de vuelta sobre la mesa, como si fuera alguna embaucadora.

Una vez fui a parar a manos de una mujer pobre: ella me recibió como pago por un duro trabajo jornalero. De ningún modo lograba deshacerse de mí; nadie quería tomarme. Para la pobrecilla yo era una verdadera calamidad.

«Realmente, tendré que engañar a alguien contra mi voluntad —dijo la mujer—. ¡Cómo voy yo, con mi pobreza, a guardar una moneda falsa! Se la daré al panadero rico; él no se arruinará por esto, aunque sé que está mal, sí, sé que está mal».

«He aquí que ahora yaceré sobre la conciencia de una mujer pobre», suspiré yo. «¿Es posible que haya cambiado tanto con la vejez?»

La mujer fue al panadero rico, pero él entendía demasiado bien de monedas, y no hube de permanecer mucho tiempo donde me colocaron: me arrojó a la cara de la pobre mujer. No le dieron pan por mí, y me resultaba tan amargo, tan amargo saber que había sido acuñada para desgracia de otros. ¡Yo, que antaño fui tan valiente, tan segura de mí misma, de mi acuñación, de mi buen sonido! Y caí tanto

de ánimo como solo puede caer una moneda que nadie quiere aceptar. Pero la mujer me llevó de vuelta a casa, me miró con bondad y ternura, y dijo:

«No quiero engañar a nadie. Te haré un agujero; que todos sepan que eres falsa... Aunque, espera... Se me ocurre una idea: ¿quizás seas una moneda de la suerte? ¡Seguro que sí! Te haré un agujerito, pasaré un cordón y te colgaré al cuello de la hijita de la vecina; ¡que la lleve para buena suerte!»

Y me hizo un agujero. No es especialmente agradable que te perforen, pero por una buena intención mucho puede soportarse. Por el agujero pasaron un cordón, y me volví parecida a una medalla. Me colgaron al cuello de la pequeña, y ella me sonreía, me besaba, y yo pasé toda la noche sobre el cálido e inocente pecho infantil.

Por la mañana, la madre de la niña me tomó en sus manos, me miró y pareció cavilar algo... ¡En seguida lo adiviné! Luego tomó unas tijeras y cortó el cordón.

«¡Moneda de la suerte! —dijo—. ¡Veamos!» Y me sumergió en ácido, de modo que me volví toda verde; luego limó el agujero, me limpió un poco y, en la penumbra, fue al vendedor de boletos de lotería para comprar un billete de la suerte.

¡Ay, qué pesado me fue! Me apretaban como en una prensa, me partían por la mitad. Yo sabía que me llamarían falsa, que me avergonzarían delante de todas las demás monedas, que yacen orgullosas de sus inscripciones y su acuñación. ¡Pero no! Evité la vergüenza. En la tienda había tanta gente, el vendedor estaba tan ocupado, que sin mirar me arrojó a la caja, entre otras monedas. No sé si el boleto comprado gracias a mí resultó premiado; solo sé que al día siguiente me declararon falsa, me apartaron y volvieron a enviarme a engañar, siempre a engañar. ¡Pues esto es simplemente insoportable para una naturaleza honrada, y esa honradez nadie me la quitará! Así pasé de mano en mano, de casa en casa durante más de un año, y en todas partes me insultaban, en todas partes se enfadaban conmigo. Nadie creía en mí, y yo misma dejé de creer en mí y en los hombres. ¡Fue un tiempo muy duro para mí!

Pero he aquí que un día apareció un viajero; naturalmente, en seguida le endosaron a mí, y él fue tan ingenuo que me tomó por una moneda de allí. Pero cuando, a su vez, quiso pagar conmigo, volví a oír el grito: «¡Falsa! ¡No sirve!»

«Me la dieron como auténtica», dijo el viajero, y me examinó más atentamente. De pronto apareció una sonrisa en su rostro. ¡Y hacía tanto que nadie sonreía al verme! «No, ¿qué es esto? —dijo—. ¡Pero si es nuestra moneda nativa, una buena y honrada moneda de mi patria, y le han hecho un agujero y la llaman falsa! ¡Qué divertido! Hay que guardarte y llevarte conmigo a casa».

¡Cómo me alegré! Volvían a llamarme moneda buena y honrada, querían llevarme a casa, donde todos y cada uno me reconocerían, sabrían que soy de plata, de acuñación legítima. Habría centelleado de alegría lanzando chispas, pero eso no va con mi naturaleza; las chispas las desprende el acero, no la plata.

Me envolvieron en un papel blanco y fino, para no mezclarme con otras monedas ni perderme. Solo me sacaban en ocasiones solemnes, en encuentros con compatriotas, y entonces hablaban de mí de manera extraordinariamente favorable. Todos decían que yo era muy interesante. Es curioso que uno pueda ser interesante sin decir ni una palabra.

Y así llegué a casa. Terminaron mis padecimientos, comenzó una vida dichosa. Pues yo era de plata, de acuñación legítima, y no me perjudicaba en absoluto tener un agujero como las falsas: ¿qué importa, si en realidad no eres falsa? Sí, hay que tener paciencia: pasará el tiempo y todo ocupará su debido lugar. ¡En esto creo firmemente! —concluyó la moneda su relato.